

de á mas del que recibian de las casas. No quiero decir con esto que los austriacos no se resistieron, pero desde luego se ha visto y se vé en todas partes que hay mas constancia y pertinacia en el ataque que en la defensa. Los franco-sardos no se cansan nunca de morir.

Se ha dicho que el Emperador Francisco José estaba durante la batalla en Villanueva, al otro lado del Mincio.

Garibaldi está en la Valtelina. La division del general Cialdini marchó hace pocos dias hacia el Tirol; parece que al pasar por el lado de la fortaleza de Roca d'Anfo envió á los austriacos algunas balas rasas. El general Cialdini debe vigilar el camino que baja de las montañas del Tirol por la orilla del lago de Indro.

Esperamos dentro de poco otra batalla al otro lado del Mincio y despues el sitio de Verona, y esto pondrá tal vez fin á una guerra que si bien todo el mundo cree necesaria, no por eso mengua los deseos de que termine pronto. Hasta la agricultura del si-glo se ha pronunciado contra las glorias de Marte. No he visto un sitio en toda la Lombardia á propósito para una batalla. La caballeria es poco menos que inútil; en un pais que está cruzado de canales y acequias, y los campos cubiertos de bosques de moreras entrelazadas de parras que obstruyen el paso por todas partes. La artilleria no puede salir de la carretera: de ahí el que no haya esos hechos de armas decisivos que en otro tiempo acababan con un gran cuerpo de ejército en un dia. Creo que no se repetirán mas esas victorias en que se cogian cien piezas de artilleria y treinta ó cuarenta mil prisioneros. La vegetacion lo tiene prohibido.—*J. M. y M.*

Por todo lo que antecede, el secretario de la Redaccion: MODESTO COSTA Y TURELL.

Pasando por varias calles de esta ciudad se perdió anoche un carpeta que contiene un pagaré de 400 duros, que ningun valor puede tener para la persona que lo haya recogido, á la que se le suplica se sirva devolverlo en la calle Ancha, num. 23, cuarto principal.

TOROS.

CORRIDA DEL 3 DE JUNIO.

Magnifico era el espectáculo que presentaba la plaza cuando salió al redondella escogida cuadrilla que dirige el Tato: palcos, gradas y tendidos estaban cuajados de espectadores atraídos por la fama del simpático diestro que tan buenos recuerdos habia dejado el año pasado en esta ciudad; presidia el ilustre señor Corregidor, y se veian en los palcos inmediatos á la presidencia los Excmos. Sres. Capitan general y Gobernador de la provincia.

El primer toro, *Tremendo*, era castaño lombardo, ojalado, corniveleto y boyante, y aunque no era pegajoso ni duro, tomó sin hacerse de rogar tres varas de Joaquín Coito (a) Charpa, cinco de Antonio Pinto, que le arrancó la moña en la cuarta sacrificando el caballo, y siete de Mariano Cortés (a) Naranjero el cual montaba un caballo blanco que conservó toda la corrida, á pesar de haber trabajado mucho y bien, grangeándose merecidamente la predileccion y los aplausos del público. *Tremendo* se presentó algo bravucon, pero se creció al palo, y habia inutilizado tres caballos cuando se oyó el toque de banderillas y salieron armados de ellas Matias Muñoz y Francisco Ortega (a) Cuco. El bicho dió en la mala maña de taparse y los diestros se vieron obligados á hacer varias salidas falsas, pero lograron clavarle dos pares y dos medios al cuarteo. Cogió entonces el Tato el trapo y el estoque, y cual otro César, vió, vino y venció, pecho y uno cambiando, hechos con esa gracia y gallardía en que no tiene igual, lo mató de un soberbio volapié hasta el puño en medio de estrepitosos aplausos. El presidente le concedió el cuerpo de la victima á petición de la concurrencia.

Mandarin se llamaba el segundo toro, el cual era lombardo, ojo de perdiz, corniveleto y de piernas. Al salir se mostró bravucon, pegajoso y blando, no queria hierro, por fin en el callejon sembrando el espanto entre el excesivo número de personas que se hallaba entre barreras. Tomó, sin embargo, tres varas de Charpa, cinco de Pinto que acometió, de improviso, cayo del caballo junto á las tablas, y seis del Naranjero. Juan Mota y José Mora le clavarón cuatro pares de rehiletes. Salió á matarlo José Pon-ce, y como el bicho seguia levantado y ganaba mucho terreno, tenia que citarle de le-